



VOL: AÑO 4, NUMERO 10
FECHA: MAYO-AGOSTO 1989
TEMA: MUJERES
TITULO: **Representaciones histriónicas de mujeres**
AUTOR: *Ximena Wolff Reyes* [*]
SECCION: Artículos

TEXTO

Representar algo significa contener la similitud de la cosa.

Santo Tomás

María, cuya función material se dilató, asumiendo sobre el Calvario dimensiones universales: ruega por nosotros.

(anuncio en la Parroquia del Espíritu Santo. Col. Escandón, México, D. F. Semana Mayor 1989).

Añadamos lo que un día una película, tomada por completo fuera de nuestra intención, mostró a los nuestros, de una niña confrontándose desnuda en el espejo: su mano como un relámpago cruzando de un tajo torpe la falta fálica.

J. Lacan, De nuestros antecedentes.

Introducción

Este trabajo es un intento de reflexión acerca de la mujer. Se trataba de limitar, de "recortar metodológicamente" qué de la mujer sería pertinente analizar desde el campo de mis intereses y carencias, donde mi subjetividad y mi condición de mujer sin duda dificultarían la "claridad y nitidez" de las ideas, como las entiende la tradición. Es todo lo contrario de un trabajo "objetivo".

Sin embargo, pensando en cómo habría abordado el tema si se hubiese tratado de extraterrestres, intenté representarme aquello que aparecía de más constante a mi observación. La cotidiana empiria me mostraba que, de atender a las diferencias de apariencia corporal y eventualmente de vestuario, el mundo humano estaba constituido aproximadamente de/por dos sexos, masculino-femenino o viceversa. Al ser preguntados, respondían designándose hombre o mujer según el caso y con casi desconcertante certidumbre, incluso de los más pequeños/as. Sorprendentemente, eran diferencias que sólo empezaban a notarse cuando uno ya sabía de ellas; así la mera apariencia externa, la indumentaria, podía marcarlas o disimularlas puesto que las más notables quedaban precisamente ocultas bajo los ropajes.

La observación más o menos burda de sus actividades señalaba que un hecho trascendental los/las separa: aquellas que por su anatomía se designan/son designadas "mujer" reproducen crías vivas, inmaduras y dependientes, cumpliendo asimismo

funciones de nutrición y que muchas de sus actividades aparecen casi indiscernibles, inseparablemente entreveradas con esta función materna.

Con seguridad, aún hoy, serían significativas las cifras sobre la desigual distribución y remuneración por trabajos y labores por sexos y a escala occidental. Habría, probablemente, que agregar diferencias en la utilización del tiempo libre y otras también producto del desarrollo de las fuerzas productivas, del crecimiento urbano, del malestar en las metrópolis y tantísimas más de otros órdenes.

En su plana obviedad, la evidencia sensible mostraba que las diferencias anatómicas tenían consecuencias infra y supraestructurales.

Demandados los sujetos acerca del origen o causa de las diferencias es de presumir que con frecuencia dirían no saberlo, no ser de su incumbencia o competencia; o que es cosa de costumbres, asunto de derechos arraigados, designios divinos o cuestión de la naturaleza. Dado que eran cuestiones que estaban más allá de los sentidos me di en pensar que la razón de su existencia debía estar en otra parte; que su origen, por remoto que fuese, debería ser rastreable en la historia humana y quizás ella me ayudaría a desentrañar alguno de los porqués de su porfiada presencia a través de las épocas, normando el matrimonio, el patrimonio y la sexualidad.

Sin embargo, la historia tampoco abrió sus libros a mi curiosidad la presencia femenina en ella era más bien ausencia y silencio.

Este orden de pensamientos, sus derivaciones me llevaron a considerar que "la mujer" se jugaba en esta transmisión social de representaciones acerca de ella. Entonces quise apartar la "sangre, sudor y lágrimas" que emanaban de la cotidiana realidad y apostándome en el campo de las imágenes vi la necesidad de delimitar su fluir y agruparlas en torno a unas cuantas que, por su función de generatrices, pudiese llamar arcaicas. Aquí el amor decimonónico por los griegos hizo también presa de mi y me llevó a buscar cerca de la cuna de Occidente las fuentes escritas de estas primeras imágenes reproducibles en escenarios de diversos tiempos y espacios. Apresurado intento el mío que abraza restos de relatos mitológicos, tragedias áticas y versos lesbianos para dar cuerpo, por cierto desmembrado, a lo que fue dicho y a lo que fantasmal rondó las palabras.

Es un ensayo que se apoya en las conceptualizaciones freudianas, más concretamente en aquellas que retoman la pregunta que la histeria dirige, una y otra vez, hacia el ser de la mujer, más allá de la existencia del útero que la designa. Y es justamente por su relación con el saber que esta patología revela a Freud la importancia de la sexualidad en la constitución del sujeto y la que lleva a Lacan a elevarla al rango de estructura de discurso (Braunstein, 1986, p. 28)

La primera parte de este trabajo es un imaginario diálogo de mujeres paradigmáticas con el propósito de verlas como "historias de vida" para luego, en la segunda parte, buscar las explicaciones en torno al por qué y cómo.

Puede plantearse que esta conversación imaginaria de mujeres no es representativa de nada en tanto que cada una de ellas se activa desde la imposibilidad de su discurso, desde lo histriónico de su no neutralidad que se convierte en ahistoricidad, que es engañosamente comprensible por falaces identificaciones.

Sin embargo, justamente en razón de que cada una de ellas se constituye en su pregunta por la mujer es que "colaboran" en una lectura a colectivizar.

I. Parte. La Mujer Paradigma

¿Por qué volver a la mitología griega para dar cuenta de algo que ya no es?

Pareciera haber acuerdo de que es entre los griegos del S.I al IV A.C., cuando se decanta aquello que generará los sistemas de creencias hasta hoy imperantes en Occidente, período prístino en la sencillez originaria de las preguntas fundamentales y persistentes.

Pero no sólo las preguntas de la filosofía son las que estarán presentes, también la representación tendrá su momento privilegiado en Sófocles, Esquilo, Eurípides y con ellos un repertorio de personajes femeninos que aun hoy se ocupan para refritos adoctrinadores. Sólo las vidas ejemplares de santas, vírgenes y mártires del cristianismo proveerán ulteriormente de otros modelos femeninos y habrá que esperar el desarrollo de la novela para que aparezcan nuevas protagonistas. Así Medea por ej, dará origen a toda una serie de "malas" incluidas las "Cármenes"; Hera, a una legión de esposas; Electras aparecen tantas que incluso se creyó que constituían el complejo femenino por excelencia. Se Cumple aquí el mito "una doble función: designa y notifica, hace comprender e impone" (Barthes, 1985, p. 208)

Se construyen ideales y se producen identificaciones.

Estos personajes son heroínas, protagonistas que actúan por sobre el coro y cumplen así su destino que, indiferenciado de otros en tanto que muerte, es excepcional en la oposición que representa frente al poder actuante, planteándose como un No ante la palabra que la define y la "maldice".

Ante qué acciones y juicios se alza esta negatividad es lo que constituye la narración de los hechos.

¿Quiénes son Ariadna, Atenea, Electra, Hera y Medea?

Su elección no es casual ya que representan diversas maneras de acceder al rol de amantes, hijas, hermanas, esposas, madres. Sin embargo, cabe preguntarse si es posible discernir el deseo real de cada una de estas mujeres en el relato que de ellas hacen los autores o si no está teñido ya de aquel patriarcalismo. ¿Es traducible el discurso de ellas a través de los actos relatados? Desgraciadamente no tenemos testimonios escritos de mujeres de épocas prepatriarcales, sin embargo los antiguos ritos agrícolas señalan la existencia de una Diosa Triple que, simbolizada en las fases de la luna y las estaciones de año, cumplirá diferentes funciones a diferentes edades. A ella en su época de plenitud aparece ligado no un dios, sino un héroe con quien celebra esponsales para reiniciar el ciclo de la vida. Este héroe es transitorio y desaparece, siendo el poder de la diosa transmitido directamente a su hija, cuyo modelo pervive en Demeter-Ceres. (Graves, 1987, p.p. 14-15 y Frazer, 1986, p. 176)

Es por ello que se justifica la elección de Hera, conocida ulteriormente como la diosa del matrimonio y la familia -y también por sus celos- en tanto que será la que señale el fin de este período de transición al ayudar a su hermano y esposo Zeus a conquistar el poder y asentarse en el Olimpo, inaugurando el Padre Celestial.

Atenea es ya producto casi puro del Dios Padre de todos los dioses, nacida por partenogénesis de la cabeza de éste, sexuada, sin embargo, como mujer.

Electra y Orestes, al asesinar a su madre, cuyos antecedentes premicénicos se aluden en símbolos lunares, consolidan la ley paterna bajo la anuencia de los dioses.

Medea, maga y hechicera, sobrina de Circe, desciende de una línea de veneradoras de la Diosa de la Tierra, Hécate, de probable origen semítico. La presencia del Toro, al que Jasón debía vencer, arraiga en cosmogonías y rituales agrícolas más antiguos ligados a un saber materno.

Ariadna, princesa de Minos, Creta, donde subsisten vestigios de una civilización prehelénica, ligada al derecho materno, (Cottrell, 1983, pp. 191 y ss.) que se vislumbran en el labryx, la simbología taurina y los frescos mostrando mujeres en actividades de conducción, autonomía y belleza.

Gea, madre de Hera y Zeus, es la última de las diosas preolímpicas: su esposo, ante el temor de morir asesinado por sus hijos, los devora. Gea lo engaña y salva a Zeus. Este vencerá finalmente al padre, castrándolo. Simultáneamente se apropia de los símbolos de poder -el hacha de doble filo (labryx) y el rayo- atributos de las Diosas Madres, abandonando así su transitoriedad.

Hera al aceptar su rol de esposa fiel pierde una última libertad, la sexual, sin embargo esto no le asegura la permanencia de Zeus a su lado. Patrocinará el matrimonio y la familia -el hogar- ante los mortales y tendrá que defenderlo a brazo partido frente a los devaneos de su propio esposo. Su cólera por las infidelidades de él se expresará en enfrentamientos parciales con el dios y en guerra totales contra las mujeres o diosas amantes de éste.

La pérdida del derecho de sucesión a la madre en el poder se consolida aún más en el caso de las hijas de Hera que serán casadas con semidioses o destinadas a sacerdotizas castas al servicio de los templos del Padre.

Esta misma tendencia sigue Atenea que guardará fidelidad y obediencia a su padre, mensajera y ejecutora de sus órdenes. ¿Podría ser de otro modo si nace siendo su idea? Como diosa de la sabiduría perseguirá un ideal apolíneo, sin embargo su deseo de ser considerada la más bella, la más hábil, perfecta, la impulsará -por celos, envidias o rencores- a venganzas notables en mujeres y musas como es el caso de las Gorgonas y Aracne.

Electra, en su identificación con el padre ausente y en su resentimiento, rechazará a su madre que había reconquistado una parcela de poder en Micenas. Toda su infancia y adolescencia serán una larga espera por la vuelta del padre o hermano salvadores. Su hermana Ifigenia había sido sacrificada a los dioses por el padre para asegurar la victoria griega sobre Troya.

El matricidio de Orestes, en el cual es cómplice y/o inductora, es absuelto y Orestes casará a su hermana con su amigo y compañero Pílates; otra versión habla de su desposamiento con un campesino de la zona.

Medea y Ariadna transgreden las leyes paterna y materna al huir con un extranjero y se convierten en asesinas o cómplices en la muerte del hermano, ambas son abandonadas por sus amantes, elaborando el duelo de manera diferente y consecuentemente varían sus destinos. Medea elimina a sus hijos en venganza y Ariadna se convierte en amante y compañera en el carro de la victoria de Dionisos. Solamente a través de lo dionisiaco se alude a una igualdad de los miembros de la pareja.

Estas relaciones de fuerza son las que Cassandra, troyana, en el sitio de su ciudad denuncia previendo la muerte, profetizando desde el desquiciamiento de la lógica sin ser creída.

Antígona, (destino de hija, muestra también esta lógica llevada hasta las últimas consecuencias cuando hace de lazarillo de un padre que, derrotado y ciego, se ha convertido en hijo indefenso y amado. Luego, desobedece las leyes de la polis y del rey para sepultar a su hermano, siendo condenada a muerte por ese acto.

Finalmente Safo fue elegida pues inaugura una ruptura primera: su poesía, su creación, es un texto de mujer; primera voz escrita que nos llega desde aquel pasado, convocando el narcisismo "originario", la autovaloración, la identificación estética, transfusión de la imagen poética. Es también reconocimiento a esa "mítica" Safo que aun en fragmentos ilumina, más allá de la metáfora. Único personaje de carne y hueso en esta selección, vivió en Mitilene en el s. VI A.C y desde entonces ha sido una figura controvertida aunque sus poemas "son inmensamente apasionados, pero jamás eróticos o malsanos" y "tampoco está probada la hipótesis del amor contranatura que se supone sintió por algunas de sus discípulas". [1]

Paradíjmas que no sólo se pueden ver como idea congelada sino también confluyendo en el diálogo.

Escenario Fantasma

Lo movido no se mueve ni en el lugar en que está ni en el que no está.

Zenon

Personajes:

Hera, Atenea, Medea, Electra, Ariadna, Cassandra, Antígona, Safo.

Escenario: Templo en ruinas, cae la luz de la luna llena y alrededor del altar las mujeres se juntan.

Hera.- ¡Que agradable volver a tierras ancestrales!

Atenea.- No podría decir lo mismo

Medea.- ¿Llegaron ya las otras?

Hera.- Electra debe estar todavía con sus dudas y Ariadna ¡quién sabe!

Atenea.- ¡Por favor, no empieces de nuevo! ¿Por qué no lo aclaramos con ellas?

(Ruido de carros)

¿Escuchas? Ya están aquí.

Entran Electra y Ariadna, saludan casi al mismo tiempo

Electra.- ¡Buenas noches!

Ariadna.- ¡Buenas y bellas noches!

Atenea.- ¡Buenas! Ya estamos todas. Podríamos empezar. La convocatoria, surgida del espíritu de la época, nos pedía reunirnos a discutir "qué quiere la mujer". El tema es de por sí espinudo y doloroso. Ojalá podamos recordar lo que alguna vez quisimos y no resulte que queremos nada o quizás todo.

Hera.- ¡Pero ya estás definiendo! Es de esperar que no se nos confunda con "qué es una mujer" o "qué significa ser mujer". ¿Elegimos una dirección o lo hacemos democrático?

Medea.- ¡Qué palabreja esa! ¡"democrático"! Nos las traemos con el lenguaje, eh? Atenea dice oj-alá (es decir, Dios quiera) y Hera cree aún en la "democracia". Siento que es mejor que nos sentemos en círculo y nos hagamos preguntas.

Coro.- Ojalá la prudencia os asista para pensar con sensatez, pues largo es el camino y las conversaciones de los caminantes se extienden por todas partes. [2]

Hera extiende cobijas en el suelo.

Ariadna.- (tocando el brazo de Electra)

Estas triste, Electra.

Electra.- (Entre rencorosa y triste, pero sin rechazar el contacto)

Yo soy triste... y mis alegrías, cortas.

Atenea.- (Alzando un poco la voz por sobre el murmullo)

Pienso que la infancia debe haber sido algo importante para ustedes. ¿Cómo era ser niño/perdón, niña?

Ariadna.- Era muy bello, correr descalza por la orilla del mar, bajo el sol y el viento, ver las naves en el puerto... y volver comiendo una fruta al palacio, a las sombreadas habitaciones de muros blancos y azules, con frescos de mujeres guiando carros y muchachas saltando al toro... Ah! ... y el zumbido de las moscas en el verano.

Electra.- ¡Ay, las moscas! A mi no me traen buenos recuerdos ¡la cocina oscura y calurosa, las ropas negras pegándose al cuerpo y ese olor!... a grasa, a trastos sucios ¡Allí, de sirvienta de todos!

Medea.- Los olores eran regios. El azafranado olor de las pócimas, las hierbas y los conjuros... Circe, hoy la llaman bruja, revolviendo el caldero de mil aromas... y las palabras... las palabras nítidas, como si fuese ciega, embalsamando el aire ...tomillo, laurel, salvia, basílico, adormidera...

Hera.- Yo recuerdo el olor a leche dulce de Rhea, mi abuela con su voz de arpa, su porte de matrona y su caminar garboso. ¡Verdaderamente una Diosa! Plantada en sus decires, intuitiva, adivinando la particularidad de cada quien y dando a cada uno lo suyo... Y su risa! ... el ir y venir de sus manos ágiles en la urdimbre del telar... ¡qué cálidos inviernos!

Coro.- La prudencia es la primera condición para la felicidad; y es menester, en todo lo que a los dioses se refiere, no cometer impiedad, pues las insolentes bravatas que castigan a los soberbios con atroces desgracias, les enseñan a ser prudentes en la vejez.

Atenea.- Bueno, pero casi todo lo que me cuentan sigue existiendo!

Medea.- Si, pero ya no se siente con la misma fuerza. Los recuerdos de la infancia tienen una magnitud distinta. ¿Quién de nosotras entierra la cabeza en un ramo de hojas o se agacha a oler la tierra húmeda... o mira el polvo irisado en un rayo de sol? ¡Pss, a menos que esté enamorada!... ¡y eso no sucede todos los días!

Ariadna.- No, no todo era radiante. Los terrores nocturnos, los inesperados vagidos saliendo en eco del laberinto. Y el secreto que los rodeaba... En el día acallaban por los

ajetreos, por el rebuznar de los asnos y el martillar en la cantera, las cigarras... pero en la noche, por sobre el ruido de las olas... ahí estaban¿Qué es eso? preguntaba y las miradas vagas, los cuerpos torpes aludían a algo, algo que los demás sabían... Mi madre bajaba la cabeza, humillada, o con un dejo desafiante perdía la vista en el mar... sus silencios... sus largos paseos bajo la luna, escuchando, siempre escuchando... recuerdo la ternura triste de Parsisfae al arrojarnos a Fedra y a mi...

Coro.- Habla piadosamente, ¡nada de cóleras, por los dioses! No sea que el remedio, añadiendo mal al mal, haga el sufrimiento mayor que la culpa!

Electra.- Mi madre ¡Oh, cómo odio esa palabra, ese nombre! Mi madre también nos arrojaba cuando éramos pequeños. Bulliciosa y violenta daba ordenes a esclavos y sirvientes como el sol aparta las nubes... y qué tempestuosa fue a partir de la muerte de Ifigenia... se llenó de odio hacia mi padre. Decidió que la madre había muerto... la mujer sola vivía... y amó.. o usó a Egisto, pero se olvidó de mi. Ella, el reino y Egisto eran lo importante ...Y no estaba dispuesta a ceder por nada. Mi padre no estaba... Orestes que era mi consuelo, era niño... mi niño, mi juguete... a él lo llevó lejos.

Hera.- Un hermano pequeño siempre es bello,.. tibio,.. gordito, lloroso... ¿por qué Gea lo querría tanto? ¿No le bastaba con su hija? ¿Por qué se encariñó tanto con ese niño que después nos traicionó a todas?.. y al irle asomando el bozo... qué desplantes y qué poder creciente el de Zeus que escuchaba lo que decían las nuevas tribus allegadas.

Medea.- ¡Qué extraño! Yo no recuerdo ni a mi madre ni a mi hermano. Sólo a Circe, plena, en las colinas de Colquide recogiendo hierbas para el templo de Hécate. Silbando o cantando estaba al amanecer, con su hoz en la mano cuando subí corriendo a contarle que las sábanas estaban manchadas de sangre. Giró conmigo elevándome por los aires... su risa y la alegría solemne y clara del abrazo.

Coro.- Nada hay de eterno en lo humano, ni la dicha ni la tristeza. De la suerte que el destino tenga asignada a los mortales, no hay quien pueda evadirse.

Atenea.- Yo nací ya adulta. Dando un grito de guerra.

Ariadna.- ¿Por qué gritaste?

Atenea.- Sentí que había estado encerrada por mucho tiempo.
(relajándose)

Electra.- ¿Por curiosidad? ¿cómo Eva?

Atenea.- (Asistiendo)...
y por encierro.
(Se tensa un poco)
¿Y qué pasaba con el padre?

Hera.- Uff... el padre!... ¿cuál padre? ¿mi padre, o el padre de mis hijos?

Electra.- (Suspirando, casi pensativa)...
el padre! Es el único que me ha mirado con ojos de amor...

Medea.- (Casi jehm nasal)...
Mmmm... viejo loco...

Ariadna.- (Balanceándose)

Mi padre era lo conocido, incluso en sus iras o sus venganzas; también en sus celos... pero también había en él una parte oscura, terrible... como el laberinto.

Atenea.- (Se tensa)

El me amaba en su más excelso narcisismo. Era completamente suya: sangre de su sangre, testimonio y testigo de sus ideas... Por eso soy rígida e insegura. Envidio las caderas anchas, de andar gracioso... el aplomo de las mujeres en el mercado...

Ariadna.- (Entregándole una taza de te a Hera)

¿Y los amados?

Atenea.- (Recibiendo la suya)

Yah!... ¿a quién podría yo haber amado?... pero los admiraba... a algunos! Admiraba la clara y nítida línea de su pensamiento, su camaradería. No siempre me tenían miedo, pero tampoco me veían como mujer...

Electra.- ¡Orestes!... mi dulce hermano, lo amaba y lo impulsé con mi odio.

Medea.- ¡Impulsar.. hm! Jasón lo quería todo... lo amé con locura ...no me importaron padre, hermano, patria... nada! me sentía plena de poderes.., el mundo éramos nosotros... en cualquier parte... a cualquier hora...

Hera.- Zeus, por tradición, me estaba destinado. Un hermano, un semejante que era otro en la cama... seguro... ¡no poco ritualista! Sin embargo, amaba sus anchas espaldas al contraluz del amanecer, y yo, yo en las cobijas, conociéndolo desde siempre..., pero a veces sintiendo que algo faltaba...

Ariadna.- Vi a Teseo desde el muelle... hermoso, dorado... salían recién de las galeras y pregunté: "¿Quiénes son?". "Vienen de Atenas, para el Minotauro" fue la respuesta. Y odié todo: a mi padre y sus venganzas, al pobre monstruo, a mi madre y sus indecisiones... Debía salvarse... lo visité en la celda y me dijo: "Si salgo vivo, te llevaré lejos de aquí"... Yo lo habría ayudado aunque no hubiese dicho nada. Empecé a hablar casi a borbotones, le di datos, describí planos, le conseguí una cuerda.... Y desperté en Naxos... su barca era un punto en el océano... el estupor... lloré, grité, gemí, ...me arranque los cabellos... y luego, la soledad infinita... la niebla en los ojos... el frío y el cansancio... poco a poco fui volviendo a mi misma, pero desde los páramos de la muerte...

Medea.- ...Las promesas de Jasón!... Juró en el templo de Hécate amor y fidelidad... incluso maté por él. Fuimos felices en Corinto. pero siempre era "la Extranjera"...

Coro.- Al presente, en el porvenir y en el pasado regirá siempre esta ley común a todos los pueblos: "nada ocurre en la vida humana exento de dolor"

Medea.- ...luego enamoró a la hija del rey yo sólo quería morir y juró, una vez más, protegerme a mí y a los niños... ¡el habría jurado no importa qué con tal de obtener poder! dudo si alguna vez creyó, pero yo sí creí...

Hera.- ¡Ah los celos! como odiaba yo el desdén olímpico de Zeus... todo lo que le daba a otras y a mí me negaba!... sus castigos... escudado en su silencio, en la cama... su manera de nunca encontrar nada, ni saber donde estaba que... sus gemidos de placer con otras... pero yo no solo debía ser la mujer del César, sino también parecerlo...

Ariadna.- ¿Y qué te importaba lo que él hiciera?

Hera.- ¡Me lo negaba a mí!

Electra.- ¡La Ley del Embudo! Y yo ¿de cuál de mis dos esposos hablo? ¿Del campesino o del escudero de mi hermano? ¿Dime, Ariadna que pasó con Dioniso?

Ariadna.- ...Llegó a Naxos de regreso de sus pruebas... se enamoró de mi no se por qué... bueno, sí, presiento por qué... los dos habíamos nacido dos veces, él de padre y madre; yo de mi madre y el dolor. Dionisos Liber, Evius, Baco o Leneus... es distinto cada vez, siempre fiel a sí mismo.

(Sonríe ampliamente)

Atenea.- Yo nunca tuve esposo.... esposas si..! de las que se ponen en las muñecas! ¡de los presos, mujeres!

(casi picara)

El hacha partera fue realmente un arma de doble filo... tanto para él como para las mujeres...

Medea.- No te entiendo.

Atenea.- Pienso luego existo. Y soy mujer. Pero las mujeres a veces me enervan con sus frivolidades, con su necedad.

Electra.- ¿Y qué quieres? ¿Simposios y mesas redondas en cada esquina?

Hera.- Las mujeres paren hijos.. y se nos ponen aguados los ojos mirando un bebé... es vida, Atenea.

Atenea.- ¡Quizás entonces debieran hacer un voto de castidad!

Medea.- ¡Ah, mujer! Que no estamos en guerra... Goza tu cuerpo, Atenea, también es conocimiento.

Ariadna.- ¡Qué joda, Atenea, que no haya hombres para ti... siempre te van a tocar intelectuales raros o afeminados blandos!

Atenea.- ¡No amuelen, mujeres.. no es para tanto!... mis hijos son mis ideas, mi trabajo... y esa es la herencia que dejo

Hera.- Todo esto es culpa de tu padre que no fue igual con todos sus hijos. En el fondo, tan solo... quizás no le importe... Apolo y Marte fueron sus preferidos. Hefastos cojea porque lo arrojó monte abajo en un ataque de ira y a las muchachas las sacó de la jugada casándolas con quien él quiso ...o Artemis, una casta vestal.. ¡tu misma!

Medea.- Yo reaccioné matando lo que más amaba. Casi como un suicidio... y me vengué: los niños eran su nombre, su descendencia...

Coro.- ¡Mirad que en las mujeres también anida Marte! ¡Ay, calamidades que engendrais calamidades!

Electra.- ¿Y tus hijos, Ariadna?

Ariadna.- ¿Los gemelos? Son muy especiales.. les gustarían.
(larga pausa)

(Se para Medea y se abraza con Ariadna. Lloro quedo. Electra le ofrece un cigarrillo a Atenea)

Atenea.- (casi sólo con gestos y en voz baja)
No, gracias. No fumo. Y, Uds., ¿qué deseaban?

Electra.- Y tú, ¿qué querías tu, Minerva?

Atenea.- ¿El mío? nunca supe realmente cuál era mi deseo. Volver a un útero materno era imposible y la cabeza de mi padre, muy estrecha... no me hubiese regresado a la Nada. Sí, si... quería conocer. ¿Y tú, Ifigenia? perdón, Electra?

Electra.- (Dudando)
Yo hubiese querido ser amada por mi madre

Ariadna.- ¿Qué quería, cuándo? Con Teseo... tenía miedo, quería seguridad. Con Dionisos... no esperaba nada y recibo todo... amante, hermano, padre, madre, amigo, hijo... todo.

Medea.- ¿Y tú, qué das?

Ariadna.- También todo, incluso lo que no tengo.

Hera.- Yo también quería seguridad, pero otra.. crecimos juntos... quería que me descubriera, me mostrara las otras Heras... ya era tarde, solo algunas veces, cuando sentía miedo de la traición a nuestra madre, Zeus pedía entonces ayuda... pero era implacable en los triunfos.. cada vez peor... sin embargo, sabía que nunca me abandonaría... habría tenido que autoperdonarse... prefirió perdonar a los demás.

Medea.- Es muy difícil perdonar... ¡yo quería ser feliz! Hoy pienso que me volví loca, que use todo mi poder para herir/me. Es difícil conocer el ser que nos habita...

Ariadna.- Ser...

Electra.- Yo no sé si soy. Sólo siento y pienso...rumio.

Atenea.- Yo insisto: pienso luego existo. ¡Qué verso!

Hera.- Yo recuerdo y siento.

Medea.- ¡Qué locura! Yo siento y sé.

Atenea.- ¿Y tú, Ariadna?

Ariadna.- Siento... voy pensando, creo...quizás sé...soy.
("Soy" casi entre bostezos, para acurrucarse a dormir)
(Larga pausa, oscureciendo -bradiasi como dicen los griegos- cuando comienzan a oírse ecos lejanos de voces, contraaltos-sopranos, divagantes; crecientes retazos acercándose.)

A.- ¡Qué larga subida...!

B.- No es la escala de la Opera

C.- Subirla con corset es como los 3.000 m./vallas. Ríen alertando a las adormiladas que comienzan de diversas maneras a despabilarse

Coro.- No sé, no sé por qué a mí el demasiado silencio me parece compañero de algo grave, lo mismo que el inmoderado clamor.

Antígona.- (Golpeando la puerta entreabierta)

¡Las de la casa!

(Varias preguntas hablando dialécticamente combinadas holísticamente comprensible)

¿Cómo se encontraron? ¿Vinieron juntas? ¿Por dónde andaban?,

Cassandra.- ¡En algunas peleas!

Antígona.- ¡Tarde, pero llegamos!

Cassandra.- ¡Que paz!

(sentándose en el suelo para estirar las piernas y apoyar las manos en las pantorrillas, sobándolas. Comienzan a hablar varias para redondear de qué habían conversado, cuando Antígona las interrumpe moviendo las manos y dejándose caer sobre un sillón plegable)

Antígona.- ¡No nos cuenten nada! Cassandra ya nos hizo todo un mar de deducciones por el camino y nos convenció, oigan esto: "nos convenció" de que tenía razón... Déjenme que yo les diga sobre qué, presumiblemente, hablaron

-de las formas de la ira

-de cómo se rebelaron

-contra qué se rebelaron

-del deseo de la madre

-de pensar, sentir, ser, actuar

-del Eidos de padre

(A borbotones y carcajadas reclaman no 'haber hablado nada de eso')

Atenea.- (sonriente)

¡Esperen! Parece haber verdad en lo que dice...

Cassandra.- Siempre hay verdad en lo que se dice. Aunque sea en su ausencia. Siempre hay también otras palabras para lo no dicho, para las mismas experiencias de cuerpos denominados Mujer. Vividos en mujer. Bien has de saberlo tú, Atenea, diosa de la Sabiduría del Saber que a tu madre le fue devorado por el Poder. ¿O es que tu sabiduría es sólo de la Razón, de la Scientia? Saber, conocer, reconocer. Tan convencida o acorralada estabas que justificaste en nombre de Dios el matricidio de Orestes.

Atenea.- ¿De qué madre hablas, Cassandra?

Antígona.- ¿Por qué estas aquí, Atenea, si no te identificas siendo mujer? ¿Qué madre te dio el género o eres sólo una fantasía de Zeus? una ensoñación, una quimera, una idea hecha carne? No fuiste nombrada por el deseo, cuerpo acorazado en palabras. ¡Atenea, solo ojos bajo el yelmo! ¡Eres tan parecida a Hera! Hermana, Esposa, Hija. Hija muy especial: la que no es débil, no es tonta, que realiza proezas en todas las peleas de papá; ¡Me recuerdas a mi misma!

Atenea.- ¿De qué madre me hablan, Cassandra?

Cassandra.- Hubo una madre, Atena; está tan olvidada que hasta yo he olvidado su nombre; estando preñada de ti, aun sabia y omnipotente, fue devorada por Zeus. Cuando ya emergiste a la conciencia ya la habías sepultado en lo más profundo. Creciste siendo la excepción. Pero también dudabas, si no ¿por qué tanta competitividad y celos? ¿Tanto amor a la teoría, tanta obediencia? Y tú, Electra, ¡cuán bien sabes que se puede olvidar la muerte! También la historia de Antígona habla de la madre muerta, de aquella que como alacrán se suicida heredándonos su deseo.

Antígona.- (a Electra)

¡Ah, nuestras madres! Dramáticas, trágicas! ¿Quién era Yocasta? ¿Aquella madre primera sonriente de pechos turgentes de leche, aquella segunda descastada de culpa, aquella última del acoso, del horror a la vida, de la muerte?

Cassandra.- Yo jamás olvidaré el lamento desgarrado de Hécuba. Todas las argucias, todas las trampas le arrebataron primero a Héctor, luego a cada uno de nosotros, Troya entera arrasada. A veces recuerdo a Pentesilea, a las amazonas que llegaron defender a Ilión; nunca imaginaron que sería tan desleal, tan horrorosa. Aquiles, la bestia, se ensañó en su pragmatismo y eso le significó la victoria. Se inauguraba la doble moral. Mujeres van y vienen como objetos de intercambio, de lo excelso a lo abyecto, canjeadas, esclavizadas, sacrificadas. Mirando el campamento de los griegos desde la atalaya, dorada por el sol de la tarde Pentesilea me dijo: "nosotras moriremos como un pueblo, ¿cómo vivirán ustedes? ¿Convertirán acaso el dolor en placer?" Llegué a Micenas, Electra, atada en un carromato lleno de trofeos, botín de guerra. Pasando la Puerta de los Leones sabía que mi suerte estaba echada. Si alguna duda hubiese tenido, se disipó cuando vi el rostro de tu madre, que había perdido una hija y recuperado el poder; en sus ojos vi a Agamenón bañado en sangre, vi tu propio odio y cuando su mirada recayó en mí me mostró que no había perdonado y ya no sabría hacerlo. Le agradezco que haya ordenado rapidez y pericia.

Electra.- Yo, (¿también otras?) ayude al asesinato de mi madre ¡La muerte de la madre!... ¿qué antagonismo tan violento es el que hace tomar conciencia de este deseo de muerte que afirmará mi vida como despecho? Ella no me quiso y mi padre si la amaba.

Antígona.- La muerte para mí siempre ha sido un interregno, cambio, transición a otra legalidad mientras aún no se conocen las leyes que regirán el futuro. La muerte de Layo abrió el camino a Edipo Rey; la muerte de mi madre nos envió al exilio. Edipo Padre derrotado, necesitaba una hija lazarillo y fui sus ojos porque lo amaba. Todas estas muertes señalaron la dirección de las leyes: crecer bajo la protección del nuevo rey, avergonzarme de mi madre, asumir su disculpa, respetar la voz y el deseo del gobernante. Doblarme de rodillas ante el monarca, elegir de entre mis dos hermanos: para uno las loas, para el otro esa oscura venganza que es el olvido. ¿Más venganza aún sobre Yocasta? ¿Que el fruto de su vientre fuese carnada para alimañas y bestias, aniquilado? Mi propia muerte, a diferencia de Cassandra, fue lenta, violentamente lenta. Descendí a la tierra mientras tapaban todo resquicio, abandonando el mundo aún viva para hablar con mi madre muerta y unirme a ella.

(Silenciosamente ha llegado Safo, que ha permanecido en la oscuridad mientras la escena iluminaba a Antígona, pensando lo que después estará por primera vez escrito, su poesía):

Alrededor de la hermosa luna
los astros ocultan sus brillantes cuerpos,
cuando más que todos alumbraba, llena, sobre la tierra
oscura.

En sus ojos se extiende un negro sueño,
sienten que su corazón se enfría,
dejan caer las alas...
pues morir es un mal. Así lo juzgan los dioses,
si morir fuera bueno, morirían.

Ven también ahora, Afrodita, para librarme del peso
de mis penas; todo cuanto satisfacer
mi ser anhela, cúmplo: oh, mi aliada,
se tú misma.

Y se bien que nadie puede alcanzar
la suprema dicha, pero desear tenerla...
repentinamente...

Como la manzana que, roja,
se empina en la alta rama, en lo alto
de la rama más alta: los cosecheros la olvidaron.
no, no la olvidaron, mas no pudieron alcanzarla.

TELON

II. Parte. ¿Y qué quiere la mujer?

No te inquiete, pues, el temor de casarte con tu madre. Muchos son los mortales que en sueños se han unido a sus madres; pero quien desprecia todas esas patrañas, ése es quien vive feliz.

Yocasta (Edipo Rey)

¿Qué quiere la mujer? La pregunta se repite y hace eco en exclusivos círculos teóricos pues en la vida cotidiana, entre las masas que pululan en las calles, fábricas y oficinas se da por sentada la respuesta. Pero no tan sólo allí; también las ciencias y las religiones parecen estar preparadas para ponerle coto a las dudas.

Así la pregunta de Freud "¿Was will das Weib?"^[3] es, cuando menos, osada e invertida se muestra en gloria y majestad: ¿qué quiere el hombre?, pero no el que el lenguaje, el uso y la costumbre han elevado a representante del Ser Humano sino el varón de la especie. Dejemos de lado la pregunta por el deseo del macho pues pareciera tener ya respuesta.

¿Qué quiere el hombre? ¿No corre peligro la pregunta de ser incontestable a estos niveles de generalidad? Posibles respuestas: desea acceder a lo Bueno, a lo Bello y lo Justo; otro responderá que son la felicidad, la sabiduría, el poder, lo que busca.

Freud, habiendo vislumbrado las aperturas y barreras puestas al deseo por el padre y la cultura, lo asesina e inmortaliza en Totem y Tabú y en la creación del psicoanálisis.

Persiste, sin embargo, su cuestión acerca de "¿Qué quiere la mujer, me lo he preguntado toda la vida" y afortunadamente, no está sellada aún cuando haya ya un camino recorrido por el mismo Freud y sus variados discípulos en la conceptualización y definición de la sexualidad femenina a través de la escucha de lo que nunca antes se había querido escuchar: la provocación de la histeria. Preguntonas mujeres que querían también saber

qué es una mujer por haberse sentido no amadas y buscando insistentemente que alguien, ojalá un Amo(r), les respondiese sobre su propio ser más allá de ser objeto. Histriónicas. Paradigmáticas.

Después de Freud, J. Lacan hará dos afirmaciones controvertidas: La mujer no existe. La mujer es no-toda.

A ojos de un simple mortal es esto absurdo, pues si se refiere al cuerpo biológico, ¿cómo podría plantearse la incompletud de un cuerpo que tiene clítoris, vagina, útero, además senos que producen leche y añoranzas? Porque no se refiere al cuerpo sino a la estructuración del sujeto humano y las consecuencias psíquicas y sociales de la diferencia anatómica de los sexos.

Y las consecuencias políticas no difieren mucho de las teóricas pues el estado de la cuestión nos muestra que planetariamente los sistemas políticos económicos, si bien se diferencian en apariencia, sostienen en esencia el discurso del Amo -sea este de la rigidez y el color que sea- porque en última instancia y sin excepción en todos se gobierna en representación de la clase o de las clases y del sexo fue, siendo verdadero que sólo una obrera es más explotada que un obrero. Así el pene asegura una posición diferente en el ejercicio del poder en la realidad social, consensual, en el *uti possidetis* (*non abuti!*) del mismo por los "miembros" de la sociedad.

El primado genital se convierte en primado del falo y en tanto es el significante universal de una carencia hombres y mujeres se ubicarán, asimétricamente, en torno a él. Los hombres teniéndolo temen perderlo y con él la identidad, pero compensan la castración sufrida en nombre del poder, heredándolo. Las mujeres -que carecen de ambos- es decir, que están en falta, y esperan recibirlo o serlo para el otro, completarlo, creciendo en la envidia al/del pene. Roca viva de la castración que Freud descubre como fundamento de toda represión y de toda femineidad posible.

Sin embargo, ellas viven además el saber de que no todo goce es fálico y es por ello que puede hablarse de la mujer como no-toda.

El que La mujer no exista sigue el mismo orden de pensamiento: es el hombre quien imagina que la mujer es el Otro inverso y complementario desde el lenguaje que le confiere una existencia fantasmal organizada en torno a la carencia de significante [4] femenino universal que la refiere necesariamente al masculino y la convierte en objeto causa del deseo, parcializado y fetichizado. [5]

Las mujeres, no todas, callan pues no hay discurso femenino que pueda desasirse de la palabra que las nombra como lo Otro desde la perspectiva del Uno/Todo.

Empero la mujer y el hombre como sujetos del inconsciente se han organizado ya en torno al Falo que como significante omnipresente se revela en el lenguaje justamente al no poder dar cuenta de él, obliga a hablar, a rodear, a medio decir y a seguir hablando con y sin conocimiento de causa. "El hombre habla pues, pero es porque el símbolo lo ha hecho hombre" (Lacan, 1985 (a), p. 95)

El inconsciente aparece entonces como contrafigura; en el sentido tradicional es definido por negación: lo no-conciente; en el psicoanalítico, una molestia constante para un Yo que debe negarlo, pero proveerle de satisfacciones necesarias: mediar, conciliar, pactar desde su espejismo fundante. Un yo diferente del yo del conocimiento y de la razón, uno que camina y vagabundea en el reconocimiento del deseo.

(¿Hay algún deseo de mujer, esencialmente "femenino" a reconocer? ¿Hay quizás algo insatisfactorio a olvidar constantemente? ¿O tal vez un rastro de masoquismo, plus de goce, resistencia, persistencia del placer y, por ende, de la muerte? ¡Sepa Dios o Diosa!).

El inconsciente freudiano es una instancia psíquica con características propias que tintineando señalan la vía reggia en los sueños y el deseo, en la emergencia lograda del lapsus. [6] Rechazado por el Yo desde su función de pantalla, de máscara, de "persona", permanece enajenado si no hay una escucha que lo devele como Discurso del Otro.

¿Cuál Otro? El Otro como saber absoluto de mis pensamientos, palabras, obras, deseos, intenciones, olvidos u omisiones; norma y Nombre del padre, Deseo de la Madre; lo que me antecede. Ese Otro que no existe, pero que es en mi palabra emergencia de la cosa. Es el reino del Tú, del Otro instituido desde la transmisión de la Ley y su corte que en los avatares de la cultura y en el sujeto de sus malestares, ha devenido el mandato de Dios Padre, la mirada ubicua que es buscada como objeto causa del deseo para reconocerse (y escindir-se) en la completud ajena. Creando ideales e identificaciones.

Muy diferente del proceso de la imitación, distinguido por su forma de aproximación parcial y titubeante, la identificación se opone a ésta no sólo como la asimilación global de una estructura, sino también como la asimilación virtual del desarrollo que esa estructura implica en el estado aún indiferenciado. (Lacan, 1985 (a), p. 82)

Pero será justamente esa completud del Otro la que se ha constituido en engaño desde el propio espejismo de identificación con el Falo; el narcisismo herido será alcanzado también por el padre -el del Poder y del Eros- que en su función de instaurador de la prohibición dejará secuelas en la estructuración de las neurosis: en la histeria y su dialecto obsesivo.

La inserción en el lenguaje ha hecho un corte inicial, el de la represión primaria cuya base originaria "es nada más y nada menos que el deseo de la madre. Es su deseo lo que habrá de ser borrado para que el hijo viva en la sociedad humana, para que sea un miembro de la polis." (Braunstein, 1986, p. 95)

El Otro se extiende mas allá de los límites de la ciudad y vuela hacia los confines como lo eterno e inmutable y deviene Dios, que en tanto inconsciente (en tanto real) es hablado desde/por el sujeto en sus agradecimientos y loas por el don o la promesa cumplida; o en sus réplicas, súplicas ante el castigo por el error o la culpa; como autoconcesión moral ante el deseo y/o el placer. Así este Otro es olvido y presencia recurrente, es la insistencia de la huella de la mirada y la voz en ese cuerpo erotizado de intercambios desde su diferenciación signifi-cante entre placer y displacer.

El displacer se anuda entonces también a la falta o lo que sobra en las vías sancionadas para acceder al placer, donde actúa la asimetría de estructuras entre aquellas que instauran la norma en su carácter obsesivo-ascético y la transgresión de la misma en el hedonismo doloroso (Goce) de la histeria, decepcionada y anhelante de este Otro, hablando desde allí.

El inconsciente como lo no-realizado es la ausencia que denunciará la falta en lo dicho en una estructura isomorfa al discurso histérico haciéndose este el paradigma de un saber oculto y reprimido sobre la falta, sobre la castración simbólica e imaginaria que la Hy no ha superado (aufgehoben) o realizado (realized).

Si el niño ha creído ser todo para la madre, en el caso de la niña la decepción narcisista alcanza no sólo al Yo sino además -en la identificación del género- al propio sexo y a la

diferencia en sus consecuencias psíquicas. Se visualizará carente de pene y la pregunta será entonces, si no tengo, qué soy. Carente de pene al igual que la madre su cuestión devendrá saber ¿qué es una mujer? pues si la madre en tanto mujer comparte esta carencia y en sus funciones de madre la ha nacido castrada, importa entonces averiguar qué es una mujer, ya sea la madre u otra, como objeto del deseo para el padre, de este Otro que, a su vez, busca el reconocimiento de ser poseedor del Falo a través de la voz, la mirada, por la razón, la seducción, la fuerza y/o la impotencia. Buscará en la figura masculina la completud, exigiendo el cumplimiento de las promesas hechas en torno a la maternidad feliz, a la sexualidad gozosa y a los bienes compartidos, todos ellos equivalentes más o menos accesibles del falo; presintiendo sin embargo que no hay nada que la pueda completar por la ineficacia de su deseo y la impotencia de su odio ante el padre que ha sobrevivido a ambos. A cada paso repite esta decepción y búsqueda de decepción para intentar concretarse en lo que falta al Otro, suplirla y constituirse en objeto de deseo, pero también deseo de ser reconocida como sujeto deseante, a riesgo de desvanecerse, ocultando asimismo la búsqueda ilusoria y siempre renovada de un otro Otro intachado, para expresarse decepcionada en acto.

La expresión histérica como acto de ruptura basado en la repetición es cancelación de la tolerancia, desvanescencia del sujeto, inmersión en el goce que desnuda al amo en su poder e impotencia. Devela impasses determinados por lo real de un cuerpo de mujer al cual se le adjudican funciones y deseos, roles y expectativas; una anatomía que nombra, designa, delimita las diferencias políticas, económicas, sociales y psíquicas.

En su habla se vislumbra la tensión respecto a la madre, la ambivalencia en las identificaciones, la ira e insatisfacción, provocación y transgresión imaginaria al amo que se erige como tal desde la voluntad y el poder avalado por el lazo social, el imperativo moral y la ley civil, pero donde él también esconde su alienación.

Hombre que puede ser escrito con mayúscula, como absoluto, idea e imago del otro sexo, pero que a través de una conjuración de la madre intenta reubicar la ambigüedad respecto a ella y desarticular la relación con el deseo del padre en la transgresión de su Ley.

Si la madre imaginaria fue Yocasta, Yo-casta, Y/o casta, aludiendo a castidades y estirpes, será la madre real de la muerte quien hermane a tan encontrados deseos.

Hombre, Amante, Hermano: dimensiones del Otro, Interlocutor al que se dirige la histérica. Amo que niega su tachadura, donde ella hará falta con/en una promesa que nunca cumple porque oscila entre un mostrar y ocultar su desvanecimiento por un saber no asequible a su consciencia sobre la completud imposible, sobre la no simetría de los deseos (a excepción del deseo de muerte, de anulación del semejante) o porque deviene en saber sabido inaugurando el tiempo de la significación y, por tanto, una escalada en el reconocimiento o en la apropiación del deseo.

Pero eso es la meta, al igual que en la alegoría platónica de la Caverna, deberá antes haber regresado al origen de sus primeros amores para iniciar un acceso a la feminidad, acerca de la cual no hay saber previo.

Subsiste así la paradoja, pues "se trata en suma, de saber si se puede, con un saber en falta (aquel de la castración), hacer emerger la verdad de un ser que se encuentra en la encarnación misma de esta carencia: el ser femenino" (André, 1986, p. 19 Traducción X.W.)

CODA

Plantearse como objeto de un conocimiento el sujeto mujer implica querer conocer desde el centro del tornado que gira con imágenes, palabras, sonidos, transferencias. En el mundo, en la realidad en que interactúan los roles y los poderes, la teoría no ha sido escrita por manos y cabezas de mujer.

Así, la pregunta misma por el ser de las mujeres oscila entre el campo conocido de la reivindicación insatisfecha, de las ofertas taponadas de respuestas desde todos los campos de las ciencias, paraciencias y religiones, y del reconocimiento de las carambolas significantes y sus articulaciones.

El lenguaje y la sociedad centrados en torno al primado del Falo convierten el sexo anatómico en 'destino en el lenguaje' que define géneros e impone su gramática. Las preguntas por el ser y el tener, la "cuestión" de la mujer subvierte pues apunta a las bases mismas de las construcciones teóricas en que asentamos nuestros pies para observar, describir, explicar la realidad. Evidentemente estas problemáticas hacen límite, coexisten, se imbrican con aquellas relativas al saber, el conocimiento, la ciencia, la virtud, etc.

Los problemas relativos a la identidad e identificación femenina desembocan frecuentemente en tautologías tanto en la vida cotidiana como en el quehacer científico. La primera con su praxis aglutinará "mujeres, niños y ancianos/negros" como subconjunto del primado de la razón y la tradición accediendo solo fragmentariamente al desciframiento de su exclusión; para el segundo en general no constituye una cuestión específica.

Si la pregunta por las mujeres encamina directamente a la problemática histórica es porque allí reside fundamentalmente el discurso denunciante en su protesta contra "la división subjetiva que le impone la impotencia de saber nombrar lo femenino como tal" (André, 1986, p. 20. Traducción. X. Wolff) y que sin duda es promovido activamente por la realidad de discurso que viven quienes no encuentran su lugar o a los que las ofertas les aparecen "insuficientes" por estar constreñidas, restringidas a funciones de objeto de placer y/o sujeto de reproducción y responden a lo que se ha llamado "feminismo espontáneo de la histeria". (Dio-Bleichmar, 1985)

La ligación de la histeria con el saber y el descubrimiento freudiano de su estructura no legitiman "pensar que su teoría ha vehiculizado una concepción del mundo, es decir un ideal histórico, con todo lo que comporta siempre de centramiento y de normalización" (Melman, s.f., p. 65) Subsisten cuestiones acerca del deseo de la mujer no paradigmática, es decir cada una no histórica; y alrededor de si es colectizable un no-discurso.

La incorporación de la mujer al trabajo remunerado es un fenómeno relativamente nuevo; los anticonceptivos más nuevos aún; su ser social y su sujeción cambiaron objetivamente con su inclusión en "el mundo fetichizado de las mercancías" (Marx 1975, p. 43) en el equivalente general, el dinero; y con la liberación de la maternidad como destino.

Las variaciones en el lenguaje permitirán ver si ha habido cambios profundos en las ideas y representaciones de las mujeres, en las valoraciones de género y en la posición subjetiva que se adopten en las contradicciones objetivas y subjetivas.

Queda abierta la cuestión de si las mujeres -Juana, Mana, Inés, Lauris- cada una de ellas en su unicidad, incompletud, aislamiento y "masificación cultural" no constituyen ni construyen discurso fuera de la división social y sexual del trabajo, qué podría ser entonces este ser de nuestra pregunta por la mujer. Es casi imposible separar las

redundancias y telas de araña para ver cual podría ser este objeto otro, este ser diferente de lo que ya ha sido definido en las vertientes de la clase, el sexo, la lengua.

¿Es sólo imaginaria esta supuesta semejanza de experiencias en torno a un cuerpo designado mujer?

Son pocos lo que no se ven en los espejos.

CITAS:

[*] Profesora e Investigadora del Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco

[1] Varios, 1984, p. 41-42. También cf. Montemayor (Safo, 1986) y Martínez (1984) que reseñan valoraciones semejantes. Sin embargo bastarían las referencias al lenguaje cotidiano y de sus valoraciones asociadas a "sáfico", lesbio/lésbico. Por otra parte, como dato anecdótico, tanto la madre como la hija de Safo se llaman Cleis.

[2] Todas las intervenciones del coro son citas textuales de las diferentes tragedias que aparecen en la bibliografía. Los fragmentos de Safo están tomados de la traducción de C. Montemayor. Op Cit. a excepción del último que es citado por J.L Martínez, Op cit.

[3] Was will das Weib? La pregunta de Freud acentúa por una parte el término "will" relacionado con el querer de la voluntad (por ej. Wille zur Macht, voluntad de poder) y Weib, genérico y también neutro, la mujer en tanto hembra (así en el Magnificat María es bendita entre todas las mujeres, "unter den Weibern") diferente a su vez del vocablo Frau que designa a la mujer en gral. y más específicamente a la esposa.

[4] "Nuestra definición del significante (no hay otra) es: un significante es lo que representa al sujeto ante otro significante" J. Lacan, 1985 (b), p. 799.

[5] Melman, s.f. p. 65. "La designación explícita del goce fálico como aquél que es el bueno, como aquél que puede efectivamente arreglar un cierto número de cosas, oculta enmascarándolo que ese goce se sustenta sólo por la castración,... y paradójicamente dibuja la perversión como ideal".

[6] Platón, 1984, p. 153. Sócrates.- "Ojalá, Agatón, que la sabiduría fuese una cosa que pudiese pasar de un espíritu a otro cuando dos hombres están en contacto, como corre el agua por medio de una mecha de lana, de una copa llena a una copa vacía! /...porque la mía es una cosa mediana y equívoca, o, por mejor decir, es un "sueño".

"Jantipa.- ¡Sueño es el que tiene Apolo en la cabeza!
¡Ya sabía yo que no debía venir! ¡Puras rabias y
vergüenzas con este hombre!
¡Es el único que no trabaja en toda Atenas!

BIBLIOGRAFIA:

André, Serge. 1986. Que veut une femme?. Navarin Editeur.

Barthes, R. 1985. Mitologías. Siglo XXI, México.

Braunstein 1981. A medio siglo de El Malestar en la Cultura, Siglo XXI, México.

Cottrell, Leonard, 1983, El toro de Minos, FCE, México.

- Dio Bleichmar, Emilce. 1985, El feminismo espontáneo de la histeria, Adotraf, Madrid.
- Esquilo. 1985. "Trilogía de Orestes" en Tragedias, EMU, México.
- Eurípides. 1986. 19 Tragedias, Porrúa, (Sepan Cuantos...24), México.
- Finley, M. I. 1984 (a). El mundo de Odiseo, FCE, (Biblioteca joven), México.
- Finley, M. I., 1984 (b) La Grecia antigua. Ed. Crítica, Grijalbo.
- Frazer, J. G. 1986, La rama dorada, FCE, México.
- Freud, Sigmund.1979. "El malestar en la cultura"; "Introducción al narcisismo"; "La represión"; "El inconsciente" en Obras Completas, Amorrortu, Buenos Aires.
- Graves, R. 1987, Los mitos griegos, Alianza, México.
- Humbert, J. 1981. Mitología griega y romana. Ed. G. Gili.
- Lacan, J. 1985 (a) Escritos I. Siglo XXI, México.
- Lacan, J., 1985 (b) Escritos II. Siglo XXI, México.
- Lacan, J., s.f. Seminario 2a Ed. Paidós, Barcelona.
- Le Gallo, Y. 1988. Nuevas máscaras, comedia antigua La red de Jonás, México.
- Martínez, J. L. 1984. Grecia, El mundo antiguo, S.E.P., (Cultura), México.
- Marx, C. 1975. El capital, Tomo I, Siglo XXI, México.
- Melman, Ch. 1981. "Hijos del psicoanálisis" en Ornicar. No. 2.
- Nietzsche, F. 1982. El nacimiento de la tragedia Alianza edit. Madrid.
- Olivier, Ch. 1984, Los hijos de Yocasta, FCE, México.
- Perrés, J. 1985, Freud y la ópera, FCE, México.
- Platón. 1984, Diálogos, Porrúa, México.
- Radkau, V. 1986 "Hacia una historiografía de la mujer" en Nueva Antropología, vol. VIII, No. 3, México.
- Safo. 1986, Poemas, Trillas, México, Traducción de C. Montemayor.
- Schwab, 1838. Die schoensten Sagen des Klassischen Altertums. Sigbert Mohn Verlag.
- Sófocles. 1985, "Electra" en tragedias, EMU, México.
- Varios. 1984. Poetas líricos griegos Austral.

